



Señor:

EN el número del domingo 5 de Enero del desacreditado semanario *Blanco y Negro*, padre del *ABC*, hemos visto un manifiesto titulado «El rey de los nobles y piadosos destinos», firmado por un Ramón Martínez de la Riva. Que el firmante no es en este caso más que un secretario de despacho, aún menos, una especie de amanuense, se ve con sólo leer el escrito, que tiene todo el carácter de lo que suele llamarse un suelto de contaduría.

Nos parece muy bien que toda persona inculpada, desde la más alta a la más chica, trate de disculparse y sincerarse y habríamos pasado por alto esa nota oficiosa si en ella no se nos aludiera directa y nominalmente. Nos tomamos, pues, la palabra, sin pedirla previamente, para rectificar.

En esa real nota oficiosa se citan como nuestras estas palabras: «Don Alfonso XIII gusta, ante todo, de la sinceridad. No vive encerrado dentro de una muralla de la China, sino que busca a todos aquellos españoles que pueden llevarle un granito de verdad.»

Si es que alguna vez hemos suscrito esas palabras, que no lo recordamos bien, debió de ser antaño, hace años, más bien hace siglos, pues a siglos equivalen para España los últimos cuatro años de vergonzosa neutralidad habsburgiana a todo trance y costa y de clandestina complicidad con los Imperios centrales, y debimos de haberlas suscrito en cierta gaceta de casa y boca que se llamaba *La Monarquía*. Pero desde entonces acá ha ocurrido mucho y se nos han abierto los ojos a su respecto.

Cuando hace años, mejor: siglos, escribíamos eso, no conocíamos bien a nuestro rey y fuimos, como tantos otros, engañados. Después hemos podido comprobar que ni gusta de la sinceridad, sino que más bien le molesta cuando contradice sus aspiraciones y sus pretensio-

nes de propia suficiencia y que no busca, sino que rehuye a todos los españoles que pueden llevarle un granito de verdad.

En Setiembre de 1915, el que esto firma se encontró en su país nativo, y precisamente so el histórico árbol de Guernica, con el rey este «de los nobles y piadosos destinos»; saludóle el rey y le invitó a una conferencia o entrevista diciéndole: «venga usted a verme, que hablaremos; quiero hablar con usted». Mes y medio después fuimos a Madrid y nuestro primer cuidado fué acudir a Palacio y pedir por carta a la mayordomía —de que tenemos respuesta acusando su recibo— que se nos señalara día y hora para la entrevista a que *se nos había invitado previamente*. Y hoy es el día en que aguardamos todavía, claro está que sin esperanza ya ni deseo.

Si se hubiera tratado de un ciudadano, es decir: de uno que no fuese rey, habríamos atribuido tal conducta a mala crianza, pero tratándose de un rey, nos pareció que ello obedecería o a profundas razones de Estado (!!!), que siempre son secretas, o sea despóticas, o a misterios eleusinos de la etiqueta palatina, misterios que nos preciamos de desconocer, pues nuestra congajosa preocupación patriótica no nos ha dejado tiempo que perder en el estudio de esas y otras análogas frivolidades.

Y esto, Señor, que se ha hecho con el ciudadano español que firma esta rectificación, se ha hecho, nos consta, con algún otro. A más de uno se le han cerrado las puertas después de haber sido invitados a franquearlas. Sabemos nombres.

No, Señor, no; el rey no gusta de la sinceridad; el rey se figura que él está mejor informado y mejor orientado que otro alguno y el rey hasta llega a suponer que un político puede tener dos programas: uno para la galería y otro para alcanzar de Palacio el poder. Y si no, dí-

galo D. Melquiades Alvarez. El rey vive encerrado no dentro de una muralla de la China, sí de un cotarro del Tibet, y cuando prevee que la verdad que le pueden presentar ha de serle amarga, no busca, sino que rechaza a los españoles que pueden llevarle un granito siquiera de ella.

Dice, Señor, que «es preciso ser optimista». ¡La canción de moda!, ¡el *soldado de Nápoles* de real orden! No; lo que es preciso es ser optimo, o siquiera bueno, y no optimista.

El que esto le dice, Señor, no es ni monárquico ni republicano en el sentido vulgar y corriente que en nuestra política se da a estos dos moles; el que esto le dice ha explicado que para él república quiere decir régimen de publicidad y de soberanía única popular, y que

su opuesto es el despotismo, o régimen de secreto, de razón de Estado clandestina, y el que esto le dice, en fin, ha llegado a la conclusión de que hoy en España el verdadero obstáculo tradicional a la libertad y la democracia, a la *republicidad*, que es publicidad, no es la monarquía, no es la realeza, sino que es el monarca, es el rey. No es con la institución, es con la persona que la encarna con lo que está en conflicto la soberanía popular en España.

Conste, pues, Señor, que tengo que desdeirme de aquellas palabras que suscribí hace siglos, cuando no conocía al rey, y que se le han hecho recordar al redactor de la nota oficiosa palatina publicada en el *Blanco y Negro* de la víspera del día de Reyes —aunque los Magos no lo eran— de este año.

